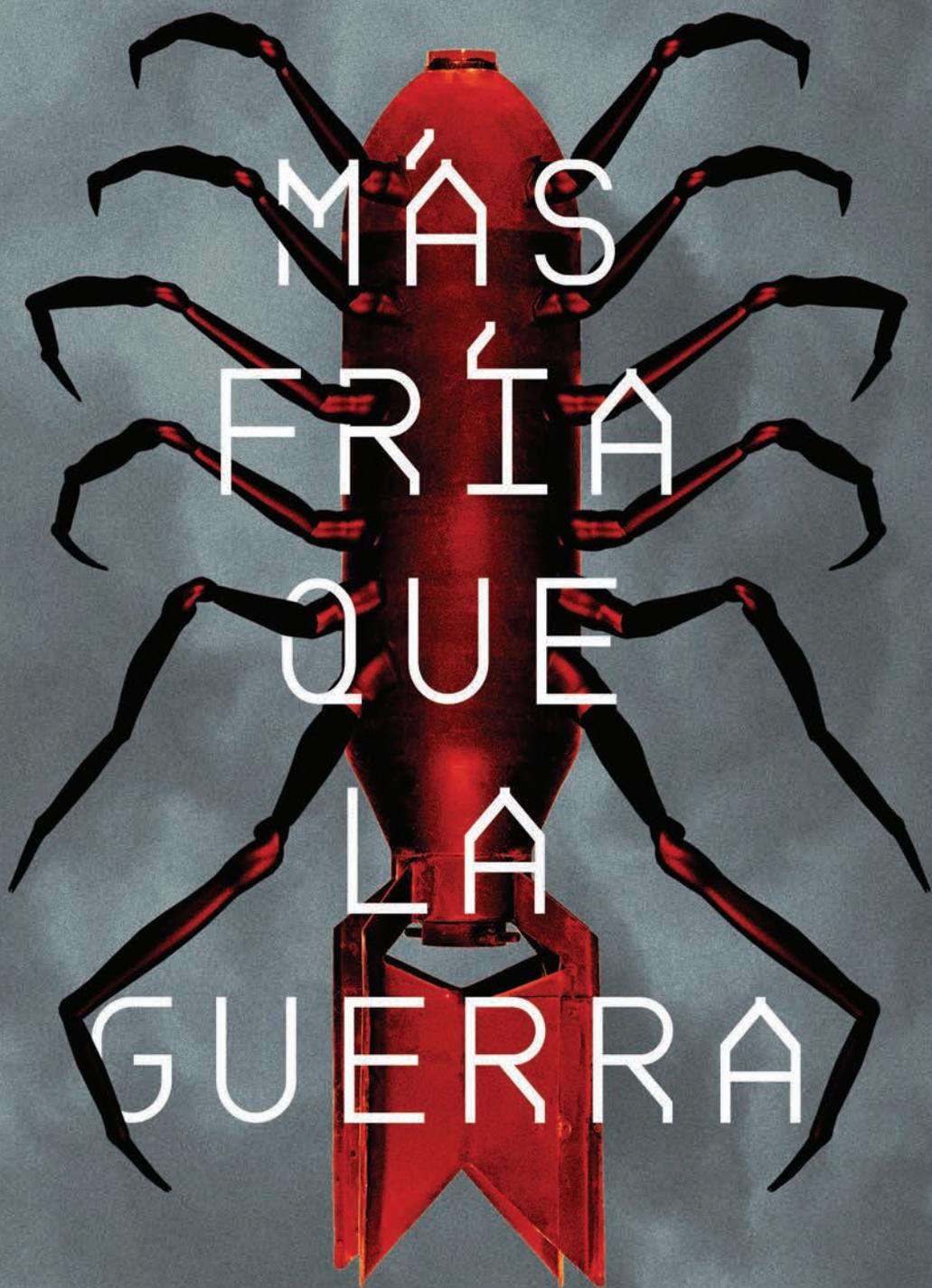


FABIÁN PLAZA MIRANDA



minotauro

MÁS FRÍA
QUE LA
GUERRA



FABIÁN PLAZA MIRANDA

minotauro

© Fabián Plaza Miranda, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-1182-9
Depósito legal: B. 11.721-2021
Preimpresión: El Taller del Llibre, S. L.

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

FIERABRÁS

Madrid

Viernes, 3 de noviembre de 1989

La Marcha Real era lo último que escuchaba antes de desplomarse, agotado, en el catre. Sus notas marciales, acompañadas por las imágenes en televisión de Su Majestad de uniforme y de la bandera rojigualda y el Águila de San Juan ondeando orgullosas, eran la nana que arrullaba su esquivo sueño. También era esa misma Marcha Granadera lo primero que escuchaba cada mañana en su radiodespertador. No se trataba de una casualidad; Radio Nacional era bien consciente de que nada mejor que el himno de España para inflamar los patrióticos ánimos de cualquier trabajador que iniciara su jornada.

Para Arturo Crespo Ferreiro era otro día en el infierno.

Salió de la cama a la que seguía faltándole una de dos y puso su cara de resistir. Adela siempre lo decía: «Tu día brillará tan fuerte como tu sonrisa». Así que dientes apretados, mejillas arriba, pecho lleno de aire y hacer como si de verdad todo le importara una mierda.

Fue a la cocina y se sirvió su desayuno favorito, una medida de café y dos de brandy Soberano.

Luego afeitarse, recortar el bigote y ducharse con agua hirviendo. Tras dejar impoluto el cuerpo, tocaba limpiar el alma. Desnudo y genuflexo ante una imagen del Cristo de las Siete

Palabras y otra de San Miguel Arcángel, rezó un padrenuestro, un avemaría y tres actos penitenciales.

—Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa —repitió entre murmullos incluso al terminar la plegaria, dándose golpes cada vez más fuertes en el pecho.

Se levantó y se persignó ante las imágenes. Las otras, las de las fotos sobre la cómoda, fingió que no existían. Vio el teléfono y fue como si el aparato tratara de decirle algo. Se acercó. Puso la mano sobre el disco. No necesitaba buscar el número en la agenda, se lo sabía de memoria. Sus dedos trazarían los arcos con destreza, a ciegas. Pero dudó. La misma duda cada vez que se le ocurría llamar a los Miraflores: ellos no querían hablar con él, no escucharían. No harían más que recriminarle el pasado. Con justicia; nada de lo que él mismo no se acusara. Pero se conocía. No sería capaz de quedarse callado. Empezaría a hablar, a gritar, a soltar barbaridades que ni él creía, pero que diría de todos modos. Y así les daría la razón. Eso no lo quería ni muerto. Una vez más, soltó el teléfono.

Se peinó —ni un pelo corto fuera de su sitio reglamentario—, se puso el uniforme —ni una arruga a la vista—, cogió su arma —limpia, engrasada, cargada—, se caló la gorra, tomó otro largo trago de Soberano y salió hacia la Cuesta de las Perdices.

—La JUJEM ha decidido compartir a Fierabrás.

Calvo, bajo, gordo y con un bigote cano mucho más poblado que el de Arturo. Así era don Adolfo Ginés Benavides Ochoa, capitán del Ejército de Tierra y oficial al mando directo de Arturo en el Centro Superior de Información de la Defensa. Además de un capullo integral.

El capitán Benavides representaba la cúspide de la montaña de desprecios que encontraba Arturo al llegar cada día al trabajo.

Silencios y conversaciones interrumpidas cuando estaba cerca, miradas por encima del hombro, obviarlo de todo evento social y, por supuesto, espiar cada movimiento que hacía.

Esperando el ansiado paso en falso. La señal para arrojarse contra él cual manada de chacales hambrientos.

Pero el paso en falso no llegaba y Arturo seguía siendo intocable. Y la manada gruñía y enseñaba los dientes, con frustración.

Nunca había encajado del todo, por más que se esforzara. Era cierto que no solo había entrado en el CESID por méritos propios, sino también por un par de cariñosos empujoncitos de fuera, pero a ver quién era el guapo que decía que no estaba ahí gracias a un enchufe. O a un apellido doble.

Aun así, no era uno de ellos. Pecado mortal. Hablaban con él, pero le hacían el mismo caso que a una mascota cariñosa: de vez en cuando actúas como si mantuvieras una conversación, pero en realidad te resbala porque no está a tu nivel y nunca lo estará.

Arturo era inferior, sin siquiera un linaje militar que se remontara al Glorioso Alzamiento. De modo que lo despreciaban.

Y eso que en las pruebas de acceso lo había clavado todo. Cuando lo llevaron junto con otros candidatos a la doble finca secreta llamada El Doctor, allá por Ciudad Real, superó todas las pruebas: orientación, reconocimiento de detalles, obtención de información, infiltración... Resistió unos interrogatorios salvajes que hicieron llorar a algunos de sus compañeros, armarios roperos que parecían de acero toledano. Incluso fue capaz de detectar a los agentes del CESID ocultos en el grupo de reclutas, haciéndose pasar por aspirantes también, pero en el fondo vigilándolos y minando su moral. No avisó a nadie de su descubrimiento, porque era más ventaja para él y porque lo había logrado haciendo trampas, pero, desde luego, le sirvió para vadear la corriente con más soltura. El mejor de su grupo, que ahí es nada.

Pues ni esta excelencia les bastó a sus compañeros. O quizá precisamente por eso lo detestaban más, vaya usted a saber.

Tampoco ayudaba que lo de tener la boca cerrada no fuera con él.

Luego vino lo del topo y todo empeoró.

El topo. Un invisible grano en el trasero del espionaje español. Una mácula. Una deshonra.

Había comenzado hacía cosa de un año. Diversos medios de comunicación extranjeros —*Libération*, el *Times*, el *Corriere*— habían aireado algunos trapos sucios de gentes del Gobierno español. Nadie de alto nivel, pero lo suficiente como para que hubiera que echar montones de tierra encima. Al principio no le dieron mucha importancia, pero luego surgieron más escándalos y cada vez había que mover más tierra. Alguien pensó que sería más fácil encontrar la fuente y sugerirle con amabilidad que se metiera la cabeza por el orto. De modo que el CESID empezó a investigar con discreción y confirmó lo que se sospechaba: los datos venían de dentro, de alguien con acceso. Algunas de las informaciones estaban redactadas tal cual en memorandos internos y documentos clasificados de la casa.

Lo que no se sospechaba —y se encontró por sorpresa— fue que había habido otras filtraciones. Pequeños escándalos que afectaban a rojos en el exilio y que también empañaban su buen nombre. En Información no se habían dado cuenta porque no se consideraba un riesgo para la seguridad nacional; más bien lo contrario. Pero ahí estaban.

Quienquiera que estuviera desvelando trapos sucios, lo hacía con idéntico ahínco de patriotas y de traidores.

Un análisis en busca de correlaciones, obra de un olvidado técnico de tres al cuarto a quien nadie había creído oportuno premiar, había señalado con acierto un punto en común entre todos los afectados: se trataba de gente que, con independencia de sus ideas, en su vida diaria se comportaba con hipocresía. Si eran rojos, daban arengas sobre comunismo mientras acumulaban riquezas en cuentas secretas, o explotaban a sus trabajadores, o en secreto eran informantes del propio CESID. Si eran ciudadanos de bien, en realidad, resultaba que su cacareada moral católica era mucho más disoluta, o habían falsificado documentos para borrar su pasado y justificar su buen nombre, o eran ocultos simpatizantes del separatismo de las vascongadas.

Todos habían visto expuesta su duplicidad.

Pero seguían sin saber de quién era obra. Quienquiera que hubiera sido el autor, había sabido tapar su rastro. Eso, una vez más, apuntaba a alguien de dentro, alguien que conociera cómo trabajaban.

Y sin que nadie dijera nada oficialmente, todos empezaron a sospechar de Arturo.

Pareció una verdad inmutable, como las Tablas de la Ley. Él era quien no encajaba, la nota discordante, incluso el borde que a veces perdía los nervios y se enfrentaba a quien tuviera delante.

Si había un traidor en el CESID, solo podía ser él. De modo que no buscaron más. La convicción personal se convirtió en evidencia, aunque en realidad no había nada que acusara al chivo expiatorio.

No podían echarlo, no sin base sólida y no con los aliados que Arturo tenía fuera, pero en la práctica lo hicieron desaparecer.

Lo apartaron de grupos de trabajo, lo relegaron a las tareas más mediocres... y acecharon. A la espera del paso en falso que suponían que daría el hipotético traidor.

El paso que, como es natural, nunca pudieron ver.

Así que estaba en el CESID, pero no estaba. Por eso, cuando Arturo acudía al despacho de la superioridad, guiado por una insoslayable orden, el «¿da usted su permiso, mi capitán?» junto a la puerta, sonaba desnatado por mucha postura de firmes que uno pusiera.

Al capitán tampoco le agradaba fingir lo inexistente, así que había ido al grano, ni saludos ni pollas, con lo de Fierabrás.

Compartir a Fierabrás. *Su* Fierabrás. Bueno, de él y de los Miraflores. Pero de él.

«Me cago en el politburó», pensó.

—¿Compartir? ¿Con quién?

Esperaba que los británicos. Hacían las cosas bien. Además, si empezaban a venir por ahí, quizá hiciera falta que alguien marchara para allá. Igual pensaban en él y todo. Y una vez en

Londres podría desviarse y arreglar algunas cosas. Soñar era gratis.

Si no los británicos, los italianos, que al menos tenían grajeo. O hasta los yanquis. Cualquiera menos los gabachos de los cojones y su prepotencia, que, como tenían que lidiar con la Stasi en sus fronteras, se las daban de expertos en contraespionaje, y ni encontrarse el culo sabían.

El capitán Benavides levantó la mirada desde la comodidad de su escritorio y encendió una lenta sonrisa de satisfacción, la del jugador que revela sus cartas sabiendo que tiene póquer de ases.

Arturo sintió su anticipación como un cartel de neón sobre él.
—Con todos. Los yanquis y los rusos.

La noticia era absurda, así que Arturo —por una vez— se mordió la lengua y se tomó su tiempo para analizarla en silencio y desentrañar sus ramificaciones. Uno no regalaba porque sí sus ventajas en el campo de la inteligencia militar. Se hacía para obtener beneficios con ello. Esos beneficios solía dártelos un aliado. Los americanos, a pesar de todo, podían considerarse amigos del régimen; o más bien, unos conocidos cordiales que envían cálidas felicitaciones navideñas después de pasar de ti todo el año. Pero los rusos... Los rusos eran el puto cáncer que estaba corrompiendo el mundo. A los rusos no había que darles ni agua.

Así que, si la Junta de Jefes de Estado Mayor los estaba incluyendo en el trato, solo podía ser por un motivo: los necesitaban. Necesitaban a ambos.

La siguiente pregunta era obvia: ¿Qué podía necesitar la JUJEM, a la vez, de soviéticos y yanquis?

Algo que solo ambas partes en conjunto pudieran ofrecer como compensación. Algo lo bastante grande como para renunciar a ser los únicos que controlaran a Fierabrás.

No había muchas cosas que cumplieran todos los requisitos. La más evidente era también la más rara. Arturo lo dijo en voz alta para estudiar las reacciones del capitán.

—La ODA. Es por la ODA.

Benavides se lo confirmó todo sin necesidad de hablar. En

la diana. Lo que quería el Alto Mando era acceso a la Organización de Defensa Alterdimensional. Un organismo internacional en el que solo se podía entrar con el beneplácito de ambos fundadores, que eran la Unión Soviética y Estados Unidos.

—Sí, teniente. Ha acertado. El Gobierno ha decidido que España debe ser parte de la ODA. Fierabrás será nuestro regalo para que nos acepten.

Un plan muy bonito. Solo que no los aceptarían en su club. Se reirían en su cara, con Fierabrás o sin él. Por el mismo precio, el Gobierno podía haber pedido su ingreso en la Primera Jerarquía del Coro Celestial.

La ODA tenía como objetivo teórico luchar conjuntamente contra amenazas de otras dimensiones, a través de cualquier medio que demostrara su eficacia. El más eficaz, por supuesto, era la magia. Así que el Estatuto de San Francisco la recogía de forma expresa como la herramienta principal de colaboración y estudio.

Pero, en España, la práctica de la brujería se consideraba un delito y era castigado con pena de muerte; garrote vil y a otra cosa, mariposa. Solo hablar de ello ya estaba mal visto.

Con esos mimbres, pretender ser aceptados en la ODA era tanto como pretender que aceptaran a la Guardia Mora en un desfile del Tercer Reich.

No tenía sentido. Sin embargo, Benavides seguía sonriendo. Su confianza estaba por las nubes. Todavía guardaba un quinto as en la manga.

Aquello no podía ser bueno para Arturo.

Siguió mordiéndose la lengua y trató de que su silencio provocara al capitán para soltar cuerda. Haciendo que reflexionaba, dejó vagar su mirada por los ornamentos del escritorio: un elefante tallado recuerdo del Rif; una sencilla brújula (a saber qué hacía ahí); una foto de un par de años atrás de Benavides junto al expresidente Carrero Blanco, en su retiro dorado en Canarias; otra más reciente del arribista del capitán estrechando la mano al actual presidente Fraga Iribarne...

La técnica dio resultado. Benavides tenía unas ganas locas de soltarle la bomba y no pudo aguantar más.

—Todos están de acuerdo en la importancia de esta mi-

sión. Por eso quieren que sea usted quien la dirija. —La sonrisa del militar pareció más bien el ademán de un lobo enseñando los colmillos.

—Es un honor, señor —replicó Arturo en tono neutro, tras apenas dos segundos de duda.

—Por supuesto que lo es. Usted está capacitado, ¿no? Hasta habla inglés.

—Me definiendo —«gracias a Adela», pensó.

—No sea humilde, teniente —siguió el capitán con su sonrisa lobuna—. Nadie mejor que usted. Por eso, yo mismo le he recomendado para el puesto. Seguro que usted conseguirá convencer a nuestros amigos. Seguro que no revelaremos la existencia de Fierabrás a cambio de nada. Eso sería un desastre. Y habrá muchos ojos mirándole. Ojos importantes. Que se sentirán muy decepcionados si usted fracasa —pero la alegre expresión de Benavides hablaba de cualquier cosa menos de decepción.

En el fondo, Arturo tenía que admirar lo bizantino de la maniobra. Desde hacía tiempo, las facciones reformista y conservadora del Gobierno no paraban de lanzarse puñaladas. Los primeros creían —como el propio Arturo— que mal que les pesara debían buscar la manera de abrirse al mundo. Los segundos, que si el mundo no los quería, allá se pudriera, y que se hundirían con su nave, pero haciendo gala de la célebre gallardía española (vulgo arrogancia).

No había habido manera de que se pusieran de acuerdo y parecía que nunca fueran a hacerlo. Pero, por lo visto, los conservadores habían sabido usar a Fierabrás en su conjura. Se lo habían ofrecido como regalo envenenado a los reformistas y estos, en su troyana ingenuidad, habían aceptado el obsequio. Habían iniciado aquella maniobra de apertura tan jodidamente suicida.

Si Arturo tenía éxito, el triunfo sería de todos. Si fracasaba, el reformismo quedaría en entredicho durante años. No había manera de que los conservadores perdieran.

Lo que sí podía pasar era que Arturo cavara su propia tumba con aquel proyecto. Por eso se lo habían endilgado a él. Porque, en el fondo, todos en el CESID querían que fracasara. Por eso, el capitán se estaba riendo delante de sus narices.

Arturo apretó puños y mandíbula, tratando de aplacar la sangre que llegaba a su cabeza y comenzaba a nublar su buen juicio.

Pero no pudo tragarse las palabras.

—Ya —dijo, con furia creciente—. Como no me pueden echar con sus inventos del topo se han montado esto, ¿no?

—Cuide lo que dice, teniente. Esta orden viene de arriba.

—Y a usted le encanta.

—No se imagina cuánto. Esto no es sitio para borrachos. O traidores.

En otras circunstancias, con aquella señal habría descargado el puñetazo. No lo hizo. Quizá estaba aprendiendo después de todo.

Así fue como se dio cuenta. Algo detrás de la máscara de seguridad del capitán. Un rastro de... miedo.

Solo podía ser a una cosa. Tanteó.

—No se preocupe, mi capitán. Le prometo que tendré éxito.

¡Aquello era! Benavides trataba de disimularlo, pero le asustaba la posibilidad de que, a pesar de todo, aquel borracho triunfara. Seguro que los dichosos ojos importantes no estaban solo sobre Arturo.

Como para terminar de confirmar sus sospechas, le tocó al capitán perder los estribos. Se levantó de su silla, rojo como la bandera.

—¡Ya lo veremos! ¡A ver cómo le salvan sus amiguitos de esta! ¡Fracasado! ¡Retírese!

Arturo se tomó su tiempo para dejar salir una sonrisa abierta, calco de la que antes había tenido su superior.

—A sus órdenes, mi capitán.

Sabía que no debía disfrutarlo, pero lo disfrutó.

Se puso de inmediato al trabajo. Lo primero que hizo —tras tomar un generoso trago de la petaca que guardaba en el cajón— fue pedir los expedientes. Quería enterarse de quién había opinado qué en el Gobierno. Y, por descontado, quería

saber con quién tendría el gusto de tratar, a quién debería venderles Fierabrás a cambio del acceso a la ODA. Necesitaba conocerlos de antemano para saber cómo llevar el tema. Sonsoles, la secretaria que compartía con otros en su departamento, tardó menos de una hora en recopilar todo. Lo que había que recopilar.

Quiso empezar por el más difícil, el ruso de los cojones, pero se encontró con que su carpeta solo tenía una hoja. Una escueta nota oficial de la Embajada soviética acusando recibo de la invitación y anunciando que su representante sería el doctor Bronislaw Mazur. Y ya. Ninguna información sobre el susodicho.

—Sonsoles, ¿qué coño es esto?

La mujer se recolocó las gafas y se encogió de hombros.

—Lo que hay, jefe.

Arturo resopló. Puto bloque del Este y putos burócratas tocachuevos de Moscú. Solo porque el Pacto de Varsovia estaba ganando la Guerra Fría por goleada se creían que podían manejar al resto del mundo.

«Me cago en el Kremlin», pensó.

Supuso que se relajaría más viendo la ficha de la legación americana, así que cambió de tercio. El nombre del encabezamiento le sonaba incluso antes de leer los apuntes biográficos que —esta vez sí— el servicio secreto español tenía recopilados. Confirmó quién era la persona elegida. Claro que le sonaba. De lo del Dakota le sonaba. Tuvo ganas de cagarse también en la Casa Blanca.

¿Por qué coño se lo ponían todo tan difícil?

Había un viejo chiste. San Pedro decide irse de vacaciones y le pide a un arcángel que le sustituya. El arcángel tiene algo de miedo, porque vigilar las puertas del Cielo es algo importante y no quiere que se le cuelen pecadores. Pero San Pedro le da un consejo:

—Deja en el suelo una Biblia y un billete de cinco mil pesetas. Quien llegue y coja la Biblia, al Cielo. Quien prefiera el billete, al infierno.

Cuando regresa San Pedro, va a ver al arcángel y le pregunta qué tal.

—Bien —responde—. Seguí tu consejo y me ayudó con casi todos. Pero tengo una duda. Vino un hombre al que sometí a la misma prueba. Cogió la Biblia, la ojeó con atención, y luego cogió el billete, lo puso de marcapáginas y entró en el Cielo sin más.

San Pedro deja salir un bufido y exclama:

—¡Mierda! ¡Se te ha colado uno del Opus!

A Arturo le hacía gracia aquella blasfemia. Como todos los buenos chistes, tenía parte de verdad. Acojonaba el poder que la Obra había acumulado, todo lo que podían cambiar en un santiamén, la facilidad con la que convencían a la gente para hacer o decir cosas. No se podía negar que era una de las instituciones más importantes de España.

Por suerte para él, claro.

Don Juan Antonio caminaba a su lado, mirada baja, con las manos enlazadas delante de la sotana. Daba la impresión de ser un tímido monaguillo sobrecogido por el poder de la Madre Iglesia. Nada más lejos de la realidad.

Para empezar, don Juan Antonio ya era viejo cuando el Diluvio. Su cara alargada estaba cubierta de arrugas y recovecos alrededor de sus ojos grises. Era al captar la energía de aquellos ojos cuando uno se daba cuenta de que el padre tampoco era tímido ni se sobrecogía por nada terrenal. Su voz calmada podía sacudir las mismas paredes del templo si se lo proponía, todo sin parecer hostil en ningún momento. Porque la voz de don Juan Antonio nunca era hostil, aunque siempre era didáctica. Tres libros de teología escritos por el esbelto sacerdote eran de enseñanza obligatoria en la universidad.

Paseaban con paso calmo entre los almendros de la Quinta de los Molinos. Aún faltaban meses para la floración, cosa que hacía que los escasos visitantes de la hacienda se apelotonaran en otros lugares —en el estanque, en el palacete, en las demás arboledas—, no bajo retorcidas ramas desnudas. En otras pala-

bras, era el lugar ideal para tener una conversación privada. Desde donde estaban ni siquiera alcanzaban a oír el trajín del tráfico madrileño.

Arturo miró a su alrededor con nostalgia. A Víctor le encantaban los almendros en flor. Corría y jugaba boquiabierto entre los blancos pétalos, mientras Adela y él, de la mano, respiraban litros de felicidad.

De algún modo, don Juan Antonio se había enterado. Desde entonces, siempre le proponía quedar allí.

—¿Sabes eso de que Dios escribe recto con renglones torcidos? —dijo el padre sin venir a cuento. Arturo lo miró.

—Sí.

—Pues es una tontería. Dios escribe recto con renglones rectos. Lo que pasa es que nosotros somos demasiado imperfectos para verlos bien. Y por eso creemos que están torcidos. —Arturo asintió. Lo cierto era que no tenía muchas ganas para elucubraciones filosóficas. Pero sabía lo que pretendía don Juan Antonio en realidad: animarlo a abrir su alma. Lo hizo.

—Ya sabrá que tengo una misión nueva...

—Claro que lo sé. Yo insistí en que te nombraran. —Arturo levantó las cejas.

—¿Usted? Pero padre... Esto que quieren que haga es... imposible.

—Oh, pues tienes que hacer mucho más de lo que crees. Sí, no me mires así. ¿No se te ha ocurrido pensar que vamos a tener a un par de espías entrando en zonas secretas? Esa gente vendrá a cotillear. Necesitamos alguien capaz de controlar su curiosidad. No todo el mundo está capacitado. Tú sí. —Arturo respiró hondo.

—O sea, que no solo tengo que conseguir una alianza imposible, sino que además tengo que sabotear a los únicos que me la pueden conceder.

—Eso es —sonrió el cura, como si le estuviera haciendo un regalo.

—Padre, si meto la pata me echarán.

—Pues no metas la pata. —Otro suspiro.

—Gracias, padre.

—No te tengo por chistoso, Arturo. No te preocupes tanto por lo que piensa tu gente. Están deseando echarte desde que llegaste. ¡Hasta se inventaron lo del topo contra ti! Si no haces algo por miedo a su reacción, no harás nada.

Arturo asintió, cabizbajo. Había que reconocer que su consejero espiritual tenía razón.

—Además —siguió don Juan Antonio—, deberías mirar también lo positivo. ¿Sabías que la ODA tiene una sede en Europa occidental? ¿Sabes dónde? En Londres —volvió a sonreír al ver la cara de sorpresa de Arturo—. Si tú eres el enlace con la ODA y logras que entremos, lo normal será que te ocupes de ello. Un tranquilo puesto de oficina en Londres, ministro plenipotenciario, representante de España. Sin riesgos de... violencia. Todo lo que quieres. —Hizo una pausa—. Te parece que los renglones están torcidos, pero no. Están muy rectos.

No había mentira en el sacerdote. Solo la exposición de una serie de sucesos que él sabía inevitables. Porque si la Obra decidía que don Arturo Crespo Ferreiro fuera el jefe de la misión diplomática española en la ODA, pasaría.

Esa noticia fue lo que terminó de decidirlo. Debía dedicarse en cuerpo y alma a la misión. Pero no solo por el riesgo si fracasaba, o por las ventajas si triunfaba. Había más. Si el Gobierno, la Iglesia y el Ejército tenían tanto interés en todo aquello era porque seguro que había muchos hilos tirando de un lado y del otro.

Muchos hilos significaba mucha información. Y eso podía llevarlo a conocer datos interesantes, datos que nadie más conocería. Datos para filtrar. Porque él sí era el topo del CESID. Lo sería hasta que entendieran sus motivos de una vez.